

El poder de una vida consecuente

Carlos A. Steger

Introducción: Cristo como el gran modelo

Los educadores cristianos tienen en Cristo el modelo supremo. Nunca hubo ni habrá un maestro como Él. Según San Mateo, después de que Jesús terminó de pronunciar el sermón del monte “la gente se admiraba de su doctrina [lit. ‘enseñanza’]; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” (Mateo 7:28, 29). Jesús enseñaba con poder, con autoridad. Se podría mencionar una cantidad de elementos que se conjugaban para que fuera así. Pero por encima de todo, Cristo enseñaba con autoridad porque “practicaba lo que enseñaba [...] Las palabras de Cristo tuvieron en su vida una ilustración y un apoyo perfectos [...] Eso fue lo que dio poder a su enseñanza” (White, 1964, p. 74). Cristo “practicaba sus enseñanzas en su propia vida. Era consecuente sin obstinación, benevolente sin debilidad, y manifestaba ternura y simpatía sin sentimentalismo” (White, 1948, p. 201).

El contraste con los educadores de su época

San Mateo contrasta el poder y eficacia de la enseñanza de Cristo con la impotencia de la enseñanza de los escribas, que eran los educadores profesionales de aquella época. Declara que los escribas se sentaban “en la cátedra de Moisés” (Mateo 23:2). Efectivamente, las sinagogas tenían un asiento de piedra, más ele-

vado que el resto, ubicado al frente mirando hacia la congregación, donde se sentaba el que leía y comentaba los rollos del Antiguo Testamento. En griego este asiento recibía el nombre de *kathédras*, que se traduce “cátedra”. De allí la palabra cátedra pasó a tener un sentido figurado, para referirse a la tarea docente.

En el mismo pasaje menciona a los escribas y a los fariseos, distinguiendo entre una profesión (los escribas) y una posición teológica (los fariseos). De hecho no todos los escribas compartían las ideas y prácticas de los fariseos, y no todos los fariseos eran escribas. Muchos fariseos eran simplemente laicos sin función docente ni de liderazgo. En este caso nos referiremos a los escribas, dejando de lado a los fariseos, pues los escribas eran los profesionales de la educación.

En su función educativa los escribas pretendían ser los sucesores de Moisés. Sentarse “en la cátedra de Moisés” significaba pretender que poseían la misma autoridad que Moisés, como los únicos guardianes e intérpretes autorizados de la *Torah*. En esta ocasión Jesús no desautorizó la enseñanza de los escribas, que generalmente se limitaban a citar de memoria pasajes de las Escrituras, repitiendo la interpretación que otros escribas habían presentado anteriormente. Por supuesto, no toda la teología enseñada por los escribas era correcta, y Jesús ya había denunciado algunos de sus errores doctrinales (Marcos 7:1-16). Pero esta vez el Señor no estaba preocupado por esa clase de errores. Dado el afán de los escribas por preservar las enseñanzas del Antiguo Testamento, Jesús dijo: “todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo” (Mateo

Carlos A. Steger es Profesor en Filosofía y Pedagogía y Doctor en Teología. Se desempeña como Vicerrector Académico y docente de la Universidad Adventista del Plata.

23:3). Su enseñanza tenía en gran medida contenidos correctos.

¿Por qué, entonces, en Mateo 7:29 dice que la enseñanza de los escribas carecía de autoridad? El mayor problema de los escribas era que no vivían de acuerdo con lo que ellos mismos enseñaban. Jesús advirtió: “todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen” (Mateo 23:3). Es por eso que su enseñanza carecía de autoridad moral. Pese a su celo religioso y todos sus esfuerzos, fracasaban como educadores.

La educación no se limita a impartir conocimientos

A los educadores, este agudo contraste entre Cristo y los escribas los invita a la reflexión. En primer lugar, uno se pregunta por qué la forma de vivir afecta de un modo tan determinante el poder de nuestra enseñanza.

La respuesta la encontramos en la naturaleza de la verdadera educación, que no consiste solamente en la adquisición de conocimientos, ni el aprendizaje de una profesión. La educación en su sentido más profundo consiste en internalizar principios de verdad, obediencia, integridad, pureza, servicio abnegado y otras virtudes morales (White, 1964, p. 26). Nuestro objetivo como educadores no es solamente informar la mente, sino formar el carácter, moldear la vida. La verdadera educación no busca solamente que el alumno aprenda gramática y ortografía, sino que sus palabras habladas o escritas sean puras, bondadosas y veraces; no solamente que sepa realizar operaciones matemáticas, sino que las aplique en la vida práctica con exactitud y honestidad; no solamente que conozca las leyes del país, sino que las practique; no solamente que memorice textos bíblicos, sino que los viva cotidianamente.

Para lograr esta clase de educación vale mucho más el ejemplo de nuestra vida que lo que decimos en una hora de clase. Querámoslo o no, enseñamos mucho más fuera del aula que dentro de ella. Especialmente impactante es el testimonio inconsciente que damos, que vale mucho más que el testimonio preme-

...uno se pregunta por qué la forma de vivir afecta de un modo tan determinante el poder de nuestra enseñanza.

ditado que ocurre cuando conscientemente tratamos de impresionar a los demás como buenos cristianos. Somos modelos constantemente observados por nuestros alumnos, quienes deciden si vale la pena imitarnos o no.

El buen ejemplo es superior a las palabras

Frente a esta solemne realidad sería bueno que hiciéramos una autoevaluación, porque podría ocurrirnos lo que San Pablo describe en Romanos 2:21-22, donde advierte “Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurta? Tú que dices que no se ha de adular, ¿adulteras? Tú que abominas los ídolos, ¿comes sacrilegio?” Si San Pablo viviera hoy, quizás nos preguntaría: tú que enseñas que no hay que copiar, ¿buscas subterfugios para no pagar impuestos, o mientes para no pagar una multa? Tú que instas a tus alumnos a amar a todos, ¿criticas a tus colegas por sus errores reales o supuestos, minando su reputación? Tú que abogas por una vida sana, ¿comes o bebes aquello que sabes que no es recomendable para tu salud? Tú que instas a tus alumnos a mantener una conducta sexual pura, ¿llenas tu mente de escenas inmorales mediante videos, programas o literatura indebida? Tú que aconsejas a tus estudiantes a tener dominio propio, ¿te impacientas cuando las cosas no van bien en el aula? Tú que hablas de igualdad y respeto hacia los demás, ¿ridiculizas a los alumnos que tienen dificultades para aprender?

Hemos explicado que nuestro ejemplo habla más fuerte que nuestras palabras, de modo que si hay contradicción entre ambos lenguajes nuestros alumnos seguirán nuestro ejemplo antes que nuestras palabras. Alguien podría pensar que esto ocurre solamente cuando los demás ven nuestras acciones. Pero, aunque nadie nos viera, nuestra vida afecta el poder de convicción de nuestras palabras. Uno puede mentir con las palabras, pero no puede mentir con el lenguaje no verbal de los gestos y el tono de la voz. Nuestros alumnos perciben si nosotros realmente creemos y aceptamos lo que enseñamos o no. Es la convicción íntima que acompaña lo que decimos lo que hace que nuestra educación sea efectiva. Si practicamos lo que

enseñamos, lo enseñaremos con convicción y nuestros alumnos sentirán el impacto.

Buscando la armonía interior-exterior

La única manera de tener éxito como educadores cristianos es viviendo una vida consecuente. Nuestras acciones deben respaldar lo que decimos. Creo que todos somos conscientes de esto. Surge entonces la pregunta: ¿cómo puedo lograrlo? Y aquí nuevamente es aleccionador el caso de los escribas. En su esfuerzo por influir sobre los demás con un ejemplo positivo, los escribas cayeron en la simulación y la hipocresía. Concentrados en causar una buena impresión, se dedicaron solamente a lo exterior, olvidando que las buenas acciones son el resultado de una entrega interior a Dios sin reservas; son el fruto de una relación personal de dependencia íntima y constante del Señor.

La simulación fracasa porque las acciones realizadas para mostrar cuán buenos somos están contaminadas de orgullo y exaltación propia. Los escribas vivían “para ser vistos por los hombres” (Mateo 23:5). Estaban centrados en sí mismos y en sus buenas obras, de las que eran muy conscientes. Sus vidas eran huecas, pues no practicaban las enseñanzas profundas del Antiguo Testamento respecto de la necesidad de una transformación del corazón por el Espíritu Santo. Les faltaba la conversión, y trataban de suplir esta carencia aumentando las evidencias superficiales de religiosidad, lo que transformaba la religión en una pesada carga imposible de sobrellevar (Mateo 23:4). Distorsionando la verdadera religión, colocaron el énfasis en los detalles más pequeños descuidando lo más importante de todo, es decir “la justicia, la misericordia y la fe” (Mateo 23:23, 24). Lo más trágico es que este esfuerzo no sólo los enceguecía a ellos, cerrándoles el camino al cielo, sino que también les cerraba el camino al cielo a los que los rodeaban y seguían su ejemplo (Mateo 23:13).

Cristo: el poder del ejemplo

En contraste con los escribas, Jesús vivió una vida religiosa auténtica y consecuente, pero nunca hizo alarde de la misma. Se presentó a sí mismo como

Nuestro objetivo como educadores no es solamente informar la mente, sino formar el carácter, moldear la vida.

“manso y humilde de corazón” (Mateo 11:29). Nunca hizo esfuerzos por aparentar, ni para convencer a los demás de su propia santidad y virtud. Obedeció siempre la voluntad de su Padre, no porque otros lo estuvieran mirando, sino porque amaba a su Padre de todo corazón y quería servirle. Sirvió constantemente a sus semejantes, no porque estuviera buscando reconocimiento, alabanzas o admiración, sino porque los amaba profundamente.

La única manera de cumplir cabalmente con nuestra misión educativa es viviendo como Jesús vivió. Aunque sabemos que nuestro ejemplo tiene un gran poder educativo, debemos vivir con humildad, “como para el Señor y no para los hombres” (Efesios 6:7). Junto con la descripción de la hipocresía de los escribas, Jesús presentó el principio que nos ayuda a entender por qué esta actitud es tan destructiva: “El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido” (Mateo 23:12). ¿Cómo puedo evitar la simulación y la hipocresía? Por naturaleza, soy orgulloso y egoísta, de modo que el único camino posible es morir cada día a esa vieja naturaleza, de tal manera que esté con Cristo “juntamente crucificado”, y ya no viva yo, sino que vive “Cristo en mí” (Gálatas 2:20). “Puestos los ojos en Jesús” (Hebreos 12:2) y no en mí mismo, contemplando como en un espejo la gloria de su carácter (2ª Corintios 3:18), seré transformado por el Espíritu Santo a su imagen (Colosenses 3:10).

Cuando Cristo venga por segunda vez habrá sorpresas de dos clases: Algunos se sorprenderán de que, pese a todas sus buenas obras, se perderán, y le reclamarán al Señor recordándole cuán útiles habían sido para su causa. La respuesta del Señor será “nunca os conocí” (Mateo 7:21-23). Otros se sorprenderán de haber hecho tan buenas e importantes obras (Mateo 25:34-40). Estos últimos habrán aprendido a vivir como Jesús vivió.

“Los maestros pueden obtener eficiencia y poder únicamente si trabajan como trabajó Cristo. Cuando él sea la influencia más poderosa en su vida, tendrán éxito en sus esfuerzos. Se elevarán a alturas que aún no han alcanzado” (White, 1948, p. 202).

Intentando asemejarse al Maestro de los maestros

Desde niño, Dennis Clancey había tenido mal genio, y se irritaba con mucha facilidad. A los dieciséis años conoció el Evangelio gracias a una serie de reuniones de evangelización y entregó su corazón al Señor. Desde entonces, cada vez que se sentía tentado a enojarse acudía en oración a Dios por ayuda, y el Espíritu Santo obró el milagro de transformar su carácter venciendo su mal genio. Cuando estaba terminando sus estudios secundarios un misionero que había trabajado muchos años en la India visitó su pueblo. Dennis quedó tan impactado por las historias emocionantes del poder de Dios en el campo misionero que decidió ser un misionero.

Luego de completar su educación superior en la línea ministerial, Dennis consiguió que lo aceptaran para trabajar en la India. Con alegría se embarcó hacia ese lejano país, donde tuvo que pasar un tiempo estudiando una de las lenguas nativas más usadas. Cuando consideró que sabía lo suficiente como para predicar, viajó a su destino final, la ciudad de Benares sobre las orillas del río Ganges.

Al ver a los hindúes bañándose en el río sagrado, creyendo que así podrían lavar todos sus pecados, Dennis estaba ansioso por decirles que es la sangre de Jesucristo lo único que podía limpiarlos. Cada mañana salía con su Biblia para hablarle a quien quisiera escucharlo.

No pasó mucho tiempo hasta que llegó una de las grandes fiestas sagradas de los hindúes. Cien mil personas se amontonaron en la ciudad. Marchaban por las polvorientas calles hacia el río, deteniéndose en los templos para inclinarse ante los dioses de piedra y de madera, y ofrecerles incienso.

Cierta tarde Dennis fue a una transitada intersección y se paró para tratar de hablar del Evangelio a los que pasaban. La gente no le prestaba mucha atención, mientras estaba parado allí al sol, secándose la transpiración de la frente con su pañuelo. Desde el río regresaban incesantemente los peregrinos todavía mojados,

Uno puede mentir con las palabras, pero no puede mentir con el lenguaje no verbal de los gestos y el tono de la voz. Nuestros alumnos perciben si nosotros realmente creemos y aceptamos lo que enseñamos.

y el agua chorreaba de sus cuerpos y ropas convirtiendo el polvo de las calles en un barro pegajoso.

Al otro lado de la calle había un brahmán (sacerdote de la religión hindú). Muy disgustado por los esfuerzos evangelizadores que estaba haciendo Dennis, el sacerdote caminaba de aquí para allá exhortando a los peregrinos a no escuchar al misionero. Pese a sus esfuerzos, algunas personas comenzaron a detenerse para escuchar a Dennis, lo que enfureció aún más al brahmán. Buscando alguna manera para interrumpir al misionero y su predicación, vio

a un jovencito de unos doce años parado allí cerca y se le ocurrió una idea.

—¿No quisieras ganarte cinco rupias?—, le preguntó.

Los ojos del muchachito resplandecieron. Eso era más de lo que podía ganar en dos semanas con su trabajo regular de acarrear agua, de modo que inmediatamente asintió con la cabeza.

—Toma entonces esta canasta y llénala de barro de la calle. Entra en ese edificio y sube al segundo piso. Sal al balcón y mírame. Cuando yo levante la mano, echa todo el barro sobre el hombre blanco.

El muchachito se asustó y comenzó a sacudir la cabeza. “¿Pero no se enojará el hombre blanco? Tengo miedo de lo que podría hacerme”.

—No te preocupes, yo cuidaré de que no te suceda nada. Quiero que se enoje. Ningún hindú escuchará a un hombre santo que se enoja. Ahora ve y haz lo que te dije.

El muchacho tomó el cesto y pronto lo llenó del barro blando y pegajoso. Entró al negocio y subió por la escalera interior. Salió al balcón, y apoyó el cesto sobre la reja justamente encima de Dennis Clancey. Cuando estuvo listo, el sacerdote levantó la mano y gritó:

—¡Miren todos!

Todos miraron hacia arriba. Los que estaban cerca del misionero se echaron rápidamente hacia atrás

mientras una cascada de barro cayó sobre el misionero, cubriéndole el rostro y derramándose por su cuerpo hasta llegar a sus zapatos. Todos esperaban ver al hombre blanco muy enojado. Pero Dennis había aprendido a dominar el mal genio con la ayuda de Dios, así que tranquilamente sacó su pañuelo y se limpió el barro de la cara. Mirando hacia arriba vio el rostro asustado del muchachito espiando sobre la reja. No había nada de ira en su voz mientras le dijo bondadosamente:

—Amigo, te perdono lo que hiciste. Baja para que pueda hablar contigo.

El muchacho desapareció del balcón y la gente lo vio salir del negocio. Pero no fue hacia donde estaba el hombre blanco, sino que cruzó la calle en dirección al brahmán. Todos vieron cómo el sacerdote le entregaba las piezas de plata, y entendieron lo que había ocurrido.

Abriendo su Biblia, Dennis comenzó nuevamente a leer y hablar acerca del amor de Jesús. Ahora la gente estaba más dispuesta a escuchar. La multitud se incrementó, mientras más y más gente se detenía a mirar y escuchar a este hombre que, con sus ropas cubiertas de barro, hablaba tan bondadosamente.

—Estaré aquí mañana para contarles más—, dijo finalmente Dennis.

Después de bañarse y cenar, Dennis se sentó en la galería de su casa meditando en los sucesos del día. De repente vio a un hombre parado al pie de la escalera de la galería.

—He venido para verlo, señor—, dijo el hombre haciendo una profunda reverencia. Súbitamente, Dennis se dio cuenta de que era el sacerdote que había enviado al muchacho con la canasta de barro. Lo invitó a pasar y sentarse a su lado. El brahmán se sentó y miró el rostro del misionero largo rato antes de hablar.

—He venido para decirle que lamento lo que hice esta tarde—. Hubo otra larga pausa. Repentinamente exclamó: —Señor, dígame, ¿cómo pudo hacerlo Ud.? ¿Qué le permitió quedar allí tranquilo, sin enojarse, a pesar de todo ese barro inmundo? Quiero que Ud. me diga, señor, porque, sea lo que fuere, es algo que necesita toda la India.

Al día siguiente, Dennis cumplió su promesa y volvió a la misma esquina. Pero esta vez no estaba solo.

A su lado estaba parado el brahmán, invitando a los transeúntes a detenerse para escuchar al misionero (Robinson).

Epílogo: más allá de las palabras y las obras

La mayor necesidad de la educación cristiana no es obtener fondos, ni edificios o equipos, ni títulos académicos. La mayor necesidad de la educación cristiana es contar con docentes cuyas vidas sean consecuentes, vidas de auténtico cristianismo, vidas en armonía con lo que enseñamos y profesamos creer.

Referencias

- Robinson, V. E. *The Missionary's Mud. Guide*, 14 (30).
White, E. G. (1948). *Consejos para los maestros*. Buenos Aires: ACES.
White, E. G. (1964). *La educación*. Buenos Aires: ACES.